

hazme materia viva
hazme poema.

Poeta, amado poeta
sueño cada fragmento de ti
posado sobre mi piel,
amor de versos tatuados
mosaico de palabras
cadenas de aire
que me atan a tu sombra
a la imagen de tu imagen.

Me dejaré amar
y tu voraz locura
recorrerá mi cuerpo,
versos encadenados
y algún soneto,
serán ese adiós encontrado
el latido de la tierra
roto por tu canto.

JINÉS BARRIO

Argentina, 1955

HOY CAYERON LAS TORRES

Hoy cayeron las torres.
Tus ojos azorados dejaron de ser ojos,
fueron pupila al fuego en los escombros.
Recuerdo otros amantes de otros tiempos
que dijeron "mientras afuera el mundo se derrumba
nosotros nos amamos".
El mundo es verdadero.
Mi pensamiento, más ligero que el aire.
Y nuestro amor, de pura transparencia se alimenta.
Hoy, cayeron las torres.
Estabas a mi lado siendo pausa de luz,
terco latido conjurando la muerte.
Debo doblar la página.
Hoy sólo escribiré lo que me dictan
peces dormidos en el río
altas fogatas en los montes
estrellas trashumantes.
Esta escritura pesa como una lápida.
Cada letra es el silencio
de un hombre muerto.
Hoy sólo escribiré lo que me dicta
un parpadeo tuyo, belleza sin sustento.
Debo doblar la página
tomar distancia
para que el estampido interminable
deje algo en pie.
Algún espejo donde reflejarse,
alguna torre de marfil
almena medieval
mangrullo de las pampas,
altura...
donde un sesgo de luz permita la esperanza.
Hoy cayeron las torres.
Hoy sólo escribiré instantes verdaderos,
lo que no ocurrió nunca.

NOCHE A NOCHE

Noche a noche contemplo a una distancia inmensurable
entre lejos y cerca,
tu llamado perfil.
Recorro pliegue a pliegue tu nuca y la cabeza
y la nuca otra vez cayendo por tu espalda,
sentado frente al fuego.
Tal vez si yo pudiera hallar una palabra.
Hay migas en la mesa de un festín demorado,
detengo la mirada en la copa de vino que refleja tus manos,
bajo por las rodillas hasta los pies descalzos
y tu perfil, callado.
Esta es la misma casa que levantamos juntos:
blancos los muros blancos,

balcones con geranios
aún vibran los tejados con la pasión aquella,
y tu perfil, callado.
Tal vez si yo pudiera hallar una palabra
que hiciera que tu nuca me mirara,
una palabra de la que no me libro
aunque me empuje un empujón de sangre,
darle mi pobre boca a una palabra, sílaba luminosa
sonido gutural
algo para acallar los gritos del silencio.
Esta es la misma casa que levantamos juntos
pero la casa vive más allá de nosotros.
El fuego ha envejecido ante tus ojos.

VICEVERSA

Te reconozco huyendo
en medio de la negra noche
atravesando sombras.
Detrás de la ebriedad,
en las múltiples voces
que te nombra el silencio.
Te reconozco altivo
bruñida la armadura
o desnudo,
como un niño desnudo.
Te reconozco en el afán
-inútil-
de ser otro,
de no estar en tu cuerpo,
de no pertenecerte.
Tu manera de ausencia
te volvió tan fecundo,
te hizo real
de tanto deshacerte.

Te reconozco, amor,
en lo que cae,
en lo que gira circular
y siempre vuelve,
en lo que insiste,
en los oscuros túneles
que van de las palabras
a las cosas,
del amor al olvido
y viceversa.

JORGE FABIÁN MENASSA DE LUCIA

España, 1979

NO NOS QUEDÓ CALOR PARA LA VIDA

Todo fue rompiéndose en pequeños pedazos
Cuando la palabra, salió de nuestras vidas.
Cayeron uno a uno los pétalos de la rosa
Y se fueron marchitando,
Pudriendo con el tiempo.

Una lágrima sutil, casi inexistente
Acompañó los momentos de soledad,
Se acentuó la distancia
Entre los cuerpos celestes girando en las alturas
Se fueron apagando los volcanes
Y los grandes océanos de la duda
Marcaron las distancias.

Apagados los volcanes,
Rota la atracción entre los astros
Lejos del sol,
No nos quedó calor para la vida.

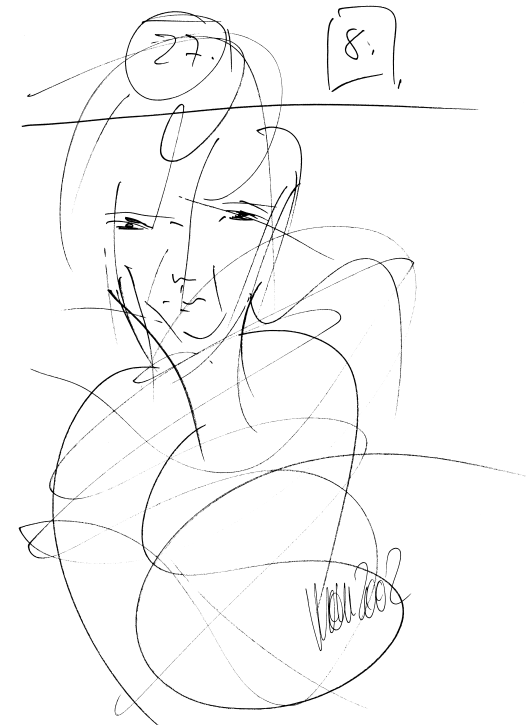
HABITACIONES

En este laberinto,
ni entrada, ni salida;
detrás de cada puerta,
un nuevo laberinto.

Disfraz de mono
es esta piel;
sobre este corazón
de cerdo asesinado,
sobre esta tráquea
agónica,
de cordero degollado;
sobre este sexo,
al plato,
de toro bien ensartado.

Disfraz de mono,
de cordero,
de tucán,
marmota, delfín y jaguar
sobre esta letra del tiempo,
siempre para el tiempo.

En este laberinto,
ni entrada, ni salida;
detrás de cada puerta,
un nuevo laberinto;
habitación final, la muerte.



EL ROSTRO DE CENIZA

Las cálidas tormentas del desierto
curtieron esta tez;
lluvias de arena
estallando cotidianas,
en este borde obtuso de mi alma,
pusieron este gesto en mi mirada.

¿Y la noche, preguntó el poeta?

Esta vez, la noche no cayó,
sólo la piel se caía con el tiempo.
La noche,
la noche se deslizaba seductora;
nada de caer,
en cada movimiento era precisa
esta noche insomne, loca;
noche enamorada de la noche,
¿no ves que sin el sol,
la luna no es esperada?

Oh sempiterna noche la de tu muerte,
cobarde, traicionera esa puesta de sol,
en la pupila vibrante de este sueño.

Inesperada, cruel, rota,
sí, rota fue la noche de tu muerte.

Entre este amasijo de hierros,
y gritos y dolor,
se deslizaba la noche silenciosa.